

Viejas Postales Descoloridas

Por FEDERICO VILLOCH

«LOS SIMULACROS DE INCENDIO» Y «EL ACUEDUCTO NACIONAL»

De las antiguas fiestas habaneras figuraban en primer línea, los pintorescos y populares simulacros de incendio de los bomberos, que por lo corriente se verificaban en el Parque Central o en el Campo de Marte, que por su amplitud y despejo se prestaban para las evoluciones y ejercicios de aquéllos. Azoteas, balcones y ventanas de los edificios circundantes se llenaban de un numeroso público, compuesto de todas las clases sociales, sobre todo del elemento infantil, que amenizaba el acto con sus aplausos y chillerías apenas advertían la presencia de un bombero del comercio con sus altas botas de hule, su traje de paño oscuro y su reluciente casco; y si, por acaso, se trataba de un «camiseta roja» llegaba al colmo el entusiasmo de la multitud. A esta sección de «camisetas rojas» pertenecía un gran número de jóvenes de la mejor sociedad y de la Acera del Louvre: Soto Estorino, conocido por Sotico; Alfredo Arango, Paco Silva, Ramón Hernández, Carlitos Maciá y el entusiasta Ramón Mendoza, conocido por «Moncho», repórter popular y muy querido del DIARIO DE LA MARINA. Los jefes usaban capa blanca y entre ellos figuraba Ordóñez, Musset, Astudillo y otras personalidades de la industria y el comercio, algunos de los cuales perecieron en el fuego de Isasi el 17 de mayo de 1890.



El agudo pitazo de las bombas que se acercaban para dar comienzo al simulacro levantaba un ruidoso coro de aclamaciones y aplausos, sobre todo si se trataba de la famosa bomba Habana que era como el símbolo del cuerpo de bomberos conducida por el famoso caballo llamado Sportman.

De su vejez se contaban cien interesantes anécdotas: cuando oía pronunciar en el cuartel los nombres de algunos jefes y oficiales del cuerpo, movía la cabeza como llamándolos y aquéllos tenían que acercársele para darle cariñosas palmadas en las ancas y el cuello. Hubo que suplicarles a los inquilinos próximos al cuartel, que no tuvieran en sus casas ningún

timbre de sonido semejante al que se usaba para las señales del servicio, pues en cuanto oía sonar algunos de ellos, pateaba y relinchaba impaciente para que lo colocasen en la bomba en que tanto tiempo había trabajado. El aplaudido actor, tan querido aquí en La Habana, Leopoldo Burón, organizó una vez una función en el gran teatro Tacón, a beneficio de este caballo; y recordamos que uno de los muchachos de la Acera, Eugenio San Xruz, figuraba en el programa cantando los célebres «Frijolitos», de Ramitos: el cuerpo de bomberos del Comercio se sostenía de este aporte y otros por el estilo...

Santa Clara tenía su burro Perico, y la Habana su caballo blanco de la bomba, de dicho nombre. Ya viejo y retirado del servicio, a la gente le gustaba verlo amarrado frente a su pesebre, en el cuartelillo de la calle de Luz, y cuando murió, faltó poco para que su entierro adquiriese el aspecto de una manifestación nacional; lo mismo sucedió, recientemente, con la muerte del burro Perico de Santa Clara; y no ha mucho con el del elefante «Romeo» que era el encanto de los niños en el circo de Santiago Pubillones. En uno de esos simulacros ocurrió un desgraciado accidente: subían dos bomberos, cuyos nombres y apellidos hasta hace poco recordábamos, una escalera de salvamento que previamente se había enganchado a un balcón del tercer piso del chaflán del hotel Plaza; aquél cedió, y vinieron al suelo bomberos y escalera, resultando aquéllos muertos en el acto. Cuando ha pocos días vimos al comandante Caramés, subiéndolo una escalera de sogas, apoyada en uno de los balcones del Instituto número 1, con todo fervor pedimos a Dios que no le sucediera lo mismo que a los infortunados bomberos del hotel Plaza. Ya vemos, pues, que todo se repite: el burro, el caballo, las escaleras y si no se repiten los simulacros de incendio, se repiten, en cambio los simulacros carnaavalescos y otros simulacros...

Conste, no obstante, que siempre que ocurren aquí en La Habana esos siniestros de importancia, como el que tuvo lugar recientemente en la sombrerería de Prado, ad-

HERNÁNDEZ
PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DE HISTORIA DE
LA CIUDAD DE LA HABANA

junta al DIARIO DE LA MARINA, los bomberos de La Habana reverdecen sus pasadas glorias y vuelven a ser vitoreados y aplaudidos como en sus mejores tiempos; y es que lo llevan en la sangre y como dice el clásico proverbio: «Donde fuego hubo, etc».

Una de las operaciones más emocionantes de aquellos simulacros de incendio era sin duda la del tendido de mangueras. Apenas daban la señal las cornetas, aquellas cornetas, sonoras y electrizantes, de los bomberos del Comercio, acudían en el acto los carretes que las tenían enrolladas, enchufaban éstas en sus respectivas bombas, se colocaban los pitones y al primer impulso de las válvulas, salía por la boca de aquéllos un potente chorro de agua cristalina que se elevaba por encima del nivel de los más altos edificios circundantes, entre los ruidosos aplausos y las calurosas ovaciones del público. La columna de agua parecía henchirse de orgullo, amenazando con su poder las llamas más poderosas e hirvientes que intentaran oponerse a su fuerza irresistible. Faltaba allí en ese momento un genio musical que escribiese como escribió Manuel Falla «La Danza del Fuego», «La Danza del Agua». Hoy, llegado el caso, saldría por la boca de los pistones un vergonzoso chorrito de agua que humildemente acabaría por extinguirse entre la rechiffa y el trompetilleo de las multitudes, teniendo que conformarse los bomberos para atacar el incendio, con los jarritos de agua que les facilitarían los vecinos, de sus depósitos particulares: agua de la Cotorra, de Santa Rita, de San Agustín, de la Fuente Blanca, de Lobatón y otros pozos y fuentes de los que rodean la ciudad: hasta con las aguas de Mondariz, Vichy y Loeches, se han apagado fuegos en La Habana, más que con el agua de Vento...

De haber existido aún el acaudalado terrateniente y generoso benefactor de inolvidable memoria, don Pedro Laborde, viendo al DIARIO DE LA MARINA en peligro de ser devorado por las llamas, habría gritado otra vez como lo hizo en su juventud en presencia de un terrible fuego aquí en La Habana: —«¡A darle candela! ¡A darle candela!, refiriéndose al procedimiento que había visto empleado en los ingenios en la quema de los cañaverales, que cortaban y echaban abajo los adyacentes, para evitar la propagación de las llamas. De subsistir esta falta de agua, y a veces, la absoluta ausencia de ella en muchos incendios,

de contracandela en contracandela, la capital de la República acabaría por convertirse en un informe montón de ruinas, ante el cual los poetas e historiadores del porvenir exclamarían: ¡Este, oh Fabio, montón de escombros que ves, fué un tiempo la bella y populosa ciudad de San Cristóbal de La Habana!

En ese grupo enorme de curiosos que contemplaba el fuego de la calle del Prado, posiblemente un fiñe mocosos resultaría en lo porvenir, un viejo postalista descolorido, que dará cuenta del suceso y que apuntará, entre otras, estas observaciones. «Cientos de transeúntes y curiosos dieron pruebas de abnegación y altruismo prestando su ayuda a los edificios e industrias amenazados por el siniestro. A lo que parece, la humanidad ya se empezaba a regenerar; y no era tan mala como se decía que lo era allá por el 1947. Empleados y tipógrafos del DIARIO hicieron grandes esfuerzos para sacar a la calle y librarlos del peligro, gran número de bobinas de papel de imprenta; y, sobre todo, los regentes del DIARIO, tenían a buen recaudo los originales y los artículos, ya en el plomo, que iban a salir en el próximo número, entre ellos, trabajos del Director, de los principales redactores y colaboradores como José Ignacio Solís, Remos, Miguel de Marcos, Fernández Arrondo, Jorge Mañach, Baquero, Urrutia, Saavedra, etc., y unas postales de nuestro abuelo, el postalista de aquellos tiempos, las cuales, después de todo, con quemarse, no se hubiera perdido nada de importancia. Y esto ocurrió el día 3 de abril de 1947, día de Jueves Santo, a las dos de la tarde y hace hoy —1996— cincuenta años justos y todavía el famoso acueducto prometido no ha llegado a construirse. Pero el gobierno, teniendo en cuenta que el tan sonado acueducto, no sólo redundaba en provecho de la ciudad, sino que también es una cuestión de honor para la misma, ha votado un crédito de cien millones de pesos, y pronto será un hecho histórico la inauguración tan esperada, tan criticada, tan beneficiosa de ese sueño de tantas noches de verano: «el ACUEDUCTO NACIONAL».

M. de 20/47

